LA ETNICIDAD EN EUROPA EN LOS TIEMPOS PRESENTES

Por el Académico Correspondiente
Excmo. Sr. D. Jean Cuisenier *

Señor Presidente
Señores académicos

Resulta paradójico que ustedes hayan querido invitarme a unirme a las filas de vuestra Academia y que yo no pueda agradecéroslo expresándome en vuestra lengua, por temor a no expresarme con la suficiente soltura. Quizás me haré perdonar si les aseguro que al expresarme en mi idioma daré a mi pensamiento los matices convenientes. Puesto que todos nosotros, especialmente los que estamos aquí, sabemos a ciencia cierta que únicamente la lengua materna permite a cada cual de operar mejor sobre los campos semánticos de los que están cargados los conceptos por los que nosotros trabajamos para estudiar nuestras sociedades. ¿Hará falta, para comprendernos, utilizar una tercera lengua, el inglés por ejemplo, con el consiguiente riesgo de multiplicar los malentendidos inherentes a toda doble traducción? Pero entonces, ¿por qué el chino no será el más apropiado en el siglo XXI, ya que lo hablan unos mil millones y medio de habitantes, y que se está imponiendo en la Organización Internacional del Comercio? No, no tenemos que renunciar a las ventajas de comunicación que nos ofrecen nuestras lenguas latinas, como consecuencia de nuestros orígenes culturales vecinos. El sujeto sobre el que me preparo a reflexionar con ustedes acabará por convencernos, si esto fuese verdaderamente necesario.

---

* Sesión del día 4 de diciembre de 2001.

Mi intención primera es la de expresaros mi agradecimiento por el honor que ustedes me han hecho al admitirme en vuestras filas. Quisiera que a través de mi persona y en mi calidad de francés formado en París, sea la antropología social y cultural la que salga reforzada durante vuestros trabajos, disciplina ésta que fue brillantemente introducida en vuestro país por un español formado en Oxford, Carmelo Lisón Tolosana. Me siento, pues, en el deber de reflexionar, no sin responsabilidad, delante de vosotros sobre un tema clave de nuestro tiempo ya que el sujeto es de una peligrosa actualidad.

La *etnicidad* es una palabra culta de uso reciente, pero bien construida, que expresa el carácter de lo que es étnico: justamente se habla de la etnicidad de una relación, como la que prevalece entre albaneses y serbios en Kosovo; la etnicidad de un proceso, como la marginación de los turcos en Bulgaria; de una comunidad como la de los gitanos en Rumanía. Siendo claro, el concepto de etnicidad remite no obstante a una noción oscura, a un objeto de investigación que nos tomamos la molestia de reflexionar. Implica, en efecto, referencia a una realidad social y cultural que designamos de forma diferente según las lenguas en que se expresa. Nombraré ésta, por fidelidad al griego, *etnos*, desconfiando del término español etnia a causa de la perspectiva substancialista que implica y de sus connotaciones ideológicas [1].

La interrogación sobre la etnicidad a la que os invito hoy tratará sobre Europa. En ésta elección, y más allá de todas las razones de circunstancia, hay una razón histórica fundamental. Efectivamente ha sido en Europa donde originariamente se ha elaborado la noción de etnología, en el siglo de las Luces. El propósito inicial consistía en estudiar los «pueblos» o las «naciones» descritas por sus descubridores o visitadas por los viajeros de países lejanos, diferentes en relación con los pueblos y naciones del cercano y vecino ámbito europeo. De los primeros y de su civilización, se hacía un objeto de descripción y después de especulación filosófica; de los segundos un objeto de estudios históricos, lingüísticos y jurídicos. La tradición cultural alemana ha fijado esta oposición que existe hasta nuestros días en la lengua, distinguiendo la *Völkerkunde*, o estudio de la tradición popular propia a cada pueblo europeo en particular. Se presupone así que la realidad social y cultural a la que estas disciplinas del conocimiento se refieren no es de la misma naturaleza. Si cuestionamos la etnicidad en el ámbito europeo como estoy haciendo aquí, se combate entonces este presupuesto y todas las proposiciones que resultan. Se postula que los «pueblos» y «naciones» forman un mismo universo de cultura cualquiera que sean el ámbito geográfico y la época histórica a la que

[1] El inglés no tiene palabras para designar éste objeto, el *etnos*, sino un adjetivo calificativo: él habla de *grupo étnico*. En cuanto al ruso, se habla de *grupo etnisceskaia*.

pertenecen. Se da en consecuencia los mismos medios para producir conocimientos a sus objetos.

Habré terminado de elaborar este cuestionamiento sobre la etnicidad cuando haya delimitado estos «tiempos presentes» a los que se aplica. Puesto que los «tiempos presentes» difieren según se considere la duración corta, media o larga, los acontecimientos políticos y militares o los cambios de civilización. Efectivamente, ¿cómo podemos determinar la presencia en la duración, por las fechas en el calendario o por los acontecimientos señalados? Pero en este caso señalados ¿para quién? y ¿cómo? Larga e incierta es quizás la controversia sobre la determinación del presente, arbitraria, su conclusión. Puesto que nuestro presente es lo que somos capaces de juntar en la unidad de nuestra consciencia. Después de los atentados del 11 septiembre 2001 contra las Twin Towers de New York, ¿no estamos rechazando la caída del muro de Berlín en un pasado superado, como lo hacíamos con el final de la Segunda Guerra Mundial? Hay que zanjar la cuestión. Por «tiempos presentes», entenderé aquí el período comprendido entre la fecha de los acontecimientos que precedieron inmediatamente a la caída del muro de Berlín y la fecha del ataque terrorista de las Torres Gemelas.

Delimitado así el concepto, la interrogación puede ser formulada con mayor precisión, articulándola en tres momentos:

¿Estamos asistiendo a una nueva emergencia de la cuestión étnica en Europa?, y en caso afirmativo, ¿cómo comprender la etnicidad?

Los nuevos desarrollos de la etnicidad en Europa ¿significan un retorno al tribalismo, una regresión de las relaciones de ciudadanía?, ¿ponen en tela de juicio las relaciones de nacionalidad?

El retorno de la etnicidad con la mundialización de las relaciones de comunicación ¿cambia las relaciones de nacionalidad y de ciudadanía?

LA CUESTIÓN ÉTNICA EN EUROPA: ¿CÓMO COMPRENDER LA ETNICIDAD?

Para interpretar el desarrollo reciente de la cuestión étnica en Europa, hay que disponer de instrumentos apropiados. Décadas de discusión y de controversias han producido una buena cantidad de ellos,y la historia de los últimos doce años han suministrado bastantes ocasiones para afinarlos.

Es en Rusia y de forma más general en la Unión Soviética donde el trabajo teórico ha sido más violentamente trastornado por los acontecimientos, confrontados en sus fronteras del Cáucaso y del Asia Central con pueblos que poseen una organización política inestable y muy diferente de un país al otro, los filósofos y los científicos rusos de todas las disciplinas no podían escapar a la obligación de reflexionar sobre la etnicidad. Disponían en la época precedente a la caída del Muro de Berlín, de dos corpus de proposiciones teóricas: uno producido por un antropólogo, Shirokogoroff, durante largo tiempo profesor en Pekín, el otro por un etnólogo, Bromley, director del Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias de Moscú y Leningrado también durante bastante tiempo.

Unidades culturales y procesos de adaptación

Para Shirikogoroff, el problema central de la antropología consiste en determinar cuáles son las unidades sociales en que se elaboran «simultáneamente la cultura mental y el tipo físico de una población cualquiera, así como la transmisión hereditaria de esta cultura y de este tipo». La perspectiva es decididamente naturalista, bien anclada en el espíritu del siglo XIX y de los grandes museos de historia natural, en medio de los cuáles la antropología social ha tomado sus vuelos, en los Estados Unidos o en París así como en Leningrado y en Moscú. Para articular las proposiciones que pueden ser verificadas sobre las poblaciones humanas, hay que proceder como se hace y con acierto con las poblaciones animales o vegetales: determinar primero las unidades pertinentes para practicar la observación. Ahora bien, en efecto, estas unidades se pueden determinar en cinco apartados: una lengua común, la conciencia de formar un todo y de poder comunicarse, una identidad cultural, la convicción de poseer un origen común, una práctica de endogamia. Las unidades que presentan estos cinco apartados pueden ser consideradas como unidades «étnicas», de ahí se sigue que, en general, la etnología tiene por objeto estudiar los hechos de la naturaleza biológica que se refieren al hombre, puesto que las adquisiciones culturales de la humanidad deben comprenderse como «formas especiales de adaptación al medio ambiente.», de los «procesos de adaptación del etnos».

He aquí un paradigma científico decididamente biológico. El descubrimiento de las unidades étnicas no es para el científico más que una tarea preliminar, destinada a suministrarle los marcos de observación apropiados. Lo importante es comprender los procesos por los que, por una parte, las poblaciones humanas manejan sus relaciones con el entorno, y por otra parte con las fuerzas contrarias de dispersión y de cohesión que les afectan. El *etnos* señala el estado de equilibrio

que resulta de este juego de fuerzas, estado estable o precario según las coyunturas históricas y sociales, porque es la vida misma de las unidades étnicas de perdurar o desaparecer, de formarse y reformarse.

Prometedora, en la medida en que caracteriza el *etnos* como un proceso, sin otro *a priori* que un naturalismo ampliamente compartido en la época, la teoría de Shirikogoroff se podía conciliar difícilmente con el evolucionismo y las simplificaciones del marxismo que prevalecían oficialmente en la Unión Soviética. Los dirigentes de esta Unión, confrontados con la extrema variedad de pueblos que la componen, no podían evitar de explicitar las relaciones legales que ellos pretendían institucionalizar entre estas entidades diferentes. La Constitución de la Unión no deja nunca a la aproximación los conceptos expresados por los términos *narod*, pueblo en general, *narodnost*, etnia, *natsija*, nación, *natsionalnost*, nacionalidad. De este modo se ha estimulado a los etnógrafos de la Academia de las Ciencias para desarrollar sobre esta base una teoría de la etnogénesis, o producción de unidades étnicas, para volver inteligibles, a la luz del marxismo-leninismo, las diferencias observables entre los pueblos de la Unión, simples tribus nómadas e iletradas de Siberia o naciones organizadas como Ukrania o Georgia.

Producción de unidades culturales y substancia étnica

La teoría elaborada por el Académico Bromley contenía el espíritu taxonomista de las proposiciones de Shirikogoroff, en lo relativo al aspecto sincrónico de los datos a interpretar. Esta reivindicaba las ideas de Marx y Engels en lo que concierne al aspecto diacrónico de estos mismos datos. El *etnos* llega a ser un concepto genérico, aplicable a toda unidad étnica cualquiera que sea el orden creciente de la taxonomía, en cualquier etapa que sea en el orden de sucesión de las sociedades históricas. Es así que en la época primitiva, el *etnos* predominante es la tribu, *plemia;* en los tiempos de la esclavitud y del feudalismo, la forma predominante de la etnicidad es el pueblo o grupo, *narodnost*t. En el momento de las etapas siguientes de la historia evolutiva de las sociedades, el capitalismo y el socialismo, el *etnos* característico llega a ser la nación, *natsia*. En fin, con la superación del socialismo la etnicidad está llamada a desaparecer. Ciertamente, no se pueden producir aún ejemplos de comunidades meta-étnicas, pero la emergencia de éstas se anuncia, a nivel individual con la formación del «hombre soviético», y a nivel colectivo con la promoción de «la amistad de los pueblos».

Reducida a estas proposiciones fundamentales, esta teoría del *etnos* se ha impuesto en la Unión Soviética así como en los países del Este Europeo y en par-

ticular en Yugoslavia hasta la caída del Muro de Berlín, prestándose a todo tipo de simplificaciones, hasta el punto de formar una vulgata de la etnología, acomodada para servir a los funcionarios del estado y a los miembros del aparato del partido encargados de tratar las cuestiones étnicas en las repúblicas de la Unión y en las repúblicas amigas de Europa y de Asia. Es con este útil conceptual que los dirigentes soviéticos y sus agentes han manejado los conflictos que han ensangrentado la Europa del Este antes de provocar el desmembramiento de la Unión Soviética. Y es con este mismo equipo de herramientas, que sus sucesores, formados en la misma escuela, han manejado a su vez los conflictos de la era postsoviética en Yugoslavia y Chechenia. Seguramente la teoría se aplica en sus versiones cultas, a los datos arqueológicos, lingüísticos y etnográficos con muchos más matices, pero ella ha funcionado como un sistema de referencias obligadas para todo científico, universitario o investigador apresurado para llegar a un tratamiento cuidadoso de los materiales empíricos.

Ahora bien, esta teoría descansa sobre una contradicción. Los etnógrafos soviéticos no han cesado de deliberar, yo puedo dar testimonio de todo esto ya que he cooperado durante mucho tiempo con Bromley y sus colegas de la Academia en el momento en que se realizaron los estudios comparativos entre los países de la Europa del Oeste y los de la Europa del Este bajo el patrocinio de la UNESCO. La taxonomía de la etnicidad procede en efecto del esquema evolucionista según el cual los modos de producción se sucederán de forma ordenada, de modo que los grandes tipos de unidades étnicas no podrán emerger mas que siguiendo este orden. El *etnos* tendría entonces una realidad substancial: Francia y Rumanía tendrían su fundamento como naciones, y cada una de una forma diferente, en la misma realidad social. Pero en contradicción con estas proposiciones, la teoría soviética del *etnos* limita el campo de las investigaciones etnográficas a las actividades y a las obras de la cultura, entendida como la práctica de la lengua, de la religión y de las diversas formas de comunicación a través de signos, organizando entonces por una parte la separación entre el orden de los procesos económicos y sociales, y por otra parte el orden de los procesos culturales. De esta forma aquélla se prohíbe toda interpretación de las posturas políticas, económicas y sociales reales que comporta el ejercicio de las prácticas y de las elecciones culturales como reconocerse húngaro en Rumanía y hablar esta lengua, reconocerse turco en Bulgaria, o moldavo en Ukrania.

En un intercambio memorable en Tallinn (Estonia) con Bromley, Gellner y yo habíamos comprobado cuán profunda era la convicción, entre los Académicos soviéticos, de la realidad substancial de los pueblos; cómo para él era clara la tarea de la etnografía: describir las culturas en su diversidad, dilucidar el *etnos*, la substancia étnica característica de cada una.

Y sin embargo, ¡cuántas aporías sin solución nacidas de esta concepción! ¡Y cuántas consecuencias prácticas para la política de los estados! Una concepción que como Bromley, comparten muchos. En vano Murdock y sus acólitos han intentado de sustituir a la noción substancialista de las unidades étnicas una noción radicalmente empírica, definiendo la cultura como un conjunto convencional de rasgos elegidos razonablemente, sin prejuzgar la realidad caracterizada de este modo. Tiempo perdido: el dispositivo de comparaciones interculturales propuesto no logra comprender las unidades pertinentes desde el momento que se refiere al ámbito europeo o al ámbito asiático, en breve, en todas partes donde se han desarrollado estas grandes entidades étnicas que se trata precisamente de aprehender para comprender la formación y las transformaciones: por una parte estos Estados-naciones de nuestro tiempo y sus relaciones con las regiones, y por otra parte con los conjuntos transnacionales o internacionales.

De esta forma, la reflexión epistemológica nos invita, la coyuntura histórica nos compromete: hay que renunciar a las concepciones substancialistas del *etnos*.

Bien está. Pero para comprometerse ¿en qué vía?

Intentemos de invertir el camino seguido: dejemos de buscar la etnicidad en el contenido de las unidades culturales dadas para ir a buscarla en el sistema de relaciones entre unidades culturales en comunicación.

La fábrica de la etnicidad en las fronteras

Es al etnólogo noruego Frederik Barth que se le debe esta verdadera revolución copernicana, por hablar tal y como lo hace Emmanuel Kant.

Mirándolos bien, en efecto, los grupos étnicos no existen en sí mismos, no existen más que en sus relaciones de los unos con los otros. Cada uno para sí mismo, no son determinables más que por los conjuntos de rasgos que los discriminan. Pero a diferencia de Murdock y de sus acólitos que establecen la lista de los rasgos que caracterizan el universo de las culturas según un análisis global, obra de antropólogo, Barth resalta que los únicos rasgos culturales pertinentes son los que los mismos actores sociales consideran como discriminatorios. Las unidades étnicas se constituyen por las fronteras que ellas institucionalizan entre grupos, sin tener consistencia más que en la medida en que hacen respetar estas fronteras y las señalan con hitos, o marcadores de identidad: tal o cual rasgo de la apariencia físi-

ca, una u otra práctica alimentaria por ejemplo. Y no tienen perennidad nada más que en la medida en que mantienen estas fronteras.

Seguramente, los individuos pueden transgredir estas fronteras, pasar al otro lado de la línea, modificar su apariencia física o sus prácticas alimenticias; dejar de abstenerse del alcohol, por ejemplo. Toda clase de estrategias individuales y colectivas se ofrecen a la observación etnográfica y muestran que los individuos o los pequeños grupos pueden franquear las fronteras étnicas, incluso liberarse de toda frontera étnica, cuando además éstas permanecían sin cambiar y continúan globalmente a imponerse. Pero la etnicidad es en un sentido asunto de atribución: es el otro, el búlgaro por ejemplo el que os constituye en turco, incluso si siendo turco con pertenencia familiar y de nombre, usted deja de practicar el Islam para liberarse de una frontera étnica; y en tanto que el otro colectivamente continuará a atribuiros el carácter de turco, usted no escapará a la clasificación étnica, a pesar de todas las estrategias que individualmente intentará poner en práctica. De forma inversa, usted puede reivindicar su pertenencia a un pueblo singular eligiendo tal o cual rasgo de su cultura como marcador para diferenciarse de las unidades culturales con las que se encuentra en comunicación; esto le va a establecer en una unidad étnica únicamente en la medida en que éstas otras unidades reconocerán también este rasgo como marcador de singularidades respectivas. Si las rechazan, o si las neutralizan, su estrategia fracasará permaneciendo en el orden de la reivindicación. Las unidades culturales con las que usted se encuentra en comunicación no entrarán en el juego de la etnicidad. Valaco con origen familiar en Bulgaria, ¿quisiera usted ostentar su conocimiento de una lengua rumana como marcador de identidad? Si la sociedad búlgara en su conjunto es indiferente a su binlingüismo, el conocimiento del rumano no contribuirá a formar una frontera étnica entre dos comunidades. En Rumanía por el contrario, el conocimiento del húngaro está reconocido por el conjunto de los rumanos, cualquiera que sea su origen, como el trazo de una línea de demarcación entre unidades culturales distinguibles: he aquí quién fabrica la etnicidad.

Porque ésta es la conclusión a sacar de estas proposiciones teóricas, las unidades culturales en comunicación se distinguen menos por sus singularidades propias que por el sistema de relaciones que instituyen entre ellas, atribuyéndose o no tales o cuales caracteres. Ellas se fabrican o se niegan a fabricar la etnicidad.

LA VUELTA DE LA ETNICIDAD: ¿UNA REGRESIÓN?

Ahora bien, los tiempos presentes se señalan en Europa por una cierta renovación de los conflictos étnicos, incluso cuando la caída del Muro de Berlín y

el hundimiento de la Unión Soviética parecían anunciar el final de los grandes enfrentamientos entre grupos de estados nacionales políticamente concentrados, los unos en el campo del Oeste, los otros, en el campo del Este. Muchos de nuestros dirigentes políticos se han apresurado a «cobrar los dividendos de la paz», sin darse cuenta que el aflojamiento de las tensiones impuestas por la guerra fría iban a debilitar a los mismos estados nacionales, hasta permitir de prender los conflictos interétnicos contenidos durante mucho tiempo.

El ejemplo de Yugoslavia es desde este punto de vista ejemplar, y la guerra que se ha desarrollado nos permite comprender los procesos que se llevan a cabo cuando los estados nacionales dejan hacer a la lógica de la etnicidad.

El modelo yugoslavo

Los hechos son demasiado conocidos como para que tengamos que recordarlos en sus detalles: la conquista del poder por Tito, la construcción, o más bien la reconstrucción de un Estado Federal de Yugoslavia, la deconstrucción por la guerra de este estado en sus partes constitutivas, Eslovenia, Croacia, Servia, etc., en aplicación de una lógica de la etnicidad, la deconstrucción que se ha proseguido en algunos de estos mismos estados federales, tales como Kosovo, y siempre en nombre de la etnicidad, y para terminar con todo, un comienzo de deconstrucción de Macedonia según esta misma lógica de la etnicidad.

Resulta que desde 1964 he realizado repetidas misiones en este terreno, demasiado poco como para tener un conocimiento etnográfico en profundidad, bastante para haber observado cuán implacable es esta lógica desde que ella se pone en marcha. Durante mucho tiempo, los viajeros y los periodistas se han extrañado de ver en ciertos lugares a la iglesia ortodoxa casi lindar con la mezquita, mientras que la sinagoga no estaba lejos. Se puede aún hoy en día hacer esta observación cuando estos edificios de culto no han sido destruidos por los combates: en Skopje, por ejemplo, o en Prilep. ¡Admirable coexistencia, incluso se han exclamado algunos! Esto es olvidar que un poder fuerte, como el del imperio otomano, imponía en estos lugares su ley a las nacionalidades, y su jerarquía en la organización política del territorio. Nada era mas extraño a los principios que regulaban este imperio que el adagio aplicado en Europa Occidental: *cujus regio, ejus religio,* por el contrario se consideraba que la afiliación religiosa debería estar al unísono con la pertenencia a una «nación», como la de los griegos, los armenios o los albaneses, ésta confería a cada uno un estatus personal para regular los matrimonios, las herencias, las formalidades del derecho privado conforme a las costumbres propias de estas «naciones», y nadie podía escapar a estas dependencias.

Ahora bien, esta condición social que revocaba el estado yugoslavo construye después de la primera guerra mundial, y más tarde reconstruye tras la segunda. Este estado federal llevaba el nombre de una de las «naciones» que la componían, la de los eslavos del Sur, repartida mayoritariamente entre dos estados: Servia y Croacia, y minoritariamente en otros varios estados, particularmente Kosovo y Macedonia. En ningún caso, el pueblo de estos estados federales ha tenido que elegir, residiera donde residiera, su nacionalidad: un individuo es de una «nación» por pertenencia, y no por libre elección. Pero con la deconstrucción del estado federal, y con el proceso de desmembramiento de los estados federales que se prosiguen en Kosovo, Montenegro y Macedonia, la pertenencia a una «nación» más que a otra trae aparejado consecuencias considerables. Las estrategias colectivas se organizan para tomar parte en los poderes, mientras que las estrategias individuales se esbozan para ocupar los mercados, fomentar las carreras y detentar los medios de intervención en los asuntos públicos. Y la cuestión surge para las colectividades y para los individuos: ¿hay que franquear las fronteras étnicas, lo que significa reconocerlas, o hace falta neutralizarlas, hacer como si no existieran, anticipar su desaparición, facilitar la emergencia de relaciones de ciudadanía y nunca más de nacionalidad?, ¿hace falta por el contrario servirse de las relaciones de etnicidad, valorar los marcadores étnicos como son la religión, la lengua, los vestidos, el mismo nombre, para llegar a los fines apuntados por estas estrategias individuales o colectivas?

Pertenencia y afiliación: ¿quién es macedonio?

Puedo atestiguar que estas interrogaciones son para los habitantes de Kosovo y de Macedonia muy concretas. Yo estaba sobre el terreno en Ohrid, en julio de 1994, en el momento del censo general de la población, con los observadores delegados por la Unión Europea. Un censo de este tipo, en plena deconstrucción de Yugoslavia, no podía funcionar como una mera operación de demografía. La población entera de Macedonia esperaba conocer los equilibrios que iban a resultar y las consecuencias que el poder político extraería para sacar fuerza y legitimidad. Ahora bien, las cuestiones estaban concebidas de tal modo que se debía declarar la nacionalidad por su lengua. Para un albanés de nacimiento, casado con una albanesa, viviendo con su madre albanesa, era difícil de no declararse albanés. Pero para una joven albanesa casada con un servio o con un valaco, viviendo sin sus padres, había materia para elegir: declararse albanesa era encerrarse en una posición minoritaria de esta población; declararse macedonia, era escapar a este encierro, tomar parte en el juego social que iba probablemente a jugarse con cartas nuevas, aspirar a la ciudadanía revocando la etnicidad. ¿En qué medida los resultados globales del censo han sido afectados por estos cálculos? Es

difícil de evaluarlo. Pero según la opinión de los observadores del escrutinio, éstos han tenido ciertamente como efecto infravalorar el número de albaneses, los que se han declarado macedonios no habiendo sido contrarrestado en número por los serbios o los valacos que se habrían declarado albaneses. Estimando en un 5% o 10% de la población global a estos albaneses que no se han declarado como tales, cuando la población total de los albaneses declarados es del orden del 33%, se estima hasta qué punto un censo general de la población como éste tiene efectos políticos. Así, de este modo, la coyuntura histórica ha ofrecido a toda una población la posibilidad de hacer prevalecer la afiliación étnica, es decir, la elección deliberada de una comunidad étnica por los individuos, bajo la pertenencia étnica, o dicho de otra forma, bajo la atribución de caracteres étnicos a los individuos. A esta población, se le ofrece una alternativa en consecuencia: renunciar a la atribución étnica neutralizando no solamente el conjunto de marcadores que aquélla moviliza, sino el principio mismo de la marca étnica; o bien asumir la atribución étnica haciendo funcionar estos marcadores, aceptando e incluso reivindicando el principio mismo de la marca.

La historia reciente de los conflictos yugoslavos muestra que no es necesario reivindicar, sino que basta con aceptar el principio de la marca étnica para que las consecuencias se produzcan: la imposición de fronteras étnicas primero, territoriales después, a comunidades cada vez más reducidas y dotadas de poderes reales cada vez mas débiles.

Yo denomino a este proceso «regresión étnica». En el lenguaje de los media, se hablaría de retorno al tribalismo, ¿no nombran los periódicos «tribus» a las comunidades que se agrupan con libre afiliación, con motivo de gustos compartidos, normas de vida sexual particulares, costumbres especiales en la vestimenta, que se hacen reconocer alrededor de ellas por emblemas específicos, como las tribus por los marcadores étnicos?

Tentaciones comunitarias

La reivindicación de los particularismos efectivamente no tiene límites. En estos estados democráticos que son los estados nacionales de Europa, cada individuo y cada asociación tiene títulos para reclamar más derechos específicos para su comunidad de afiliación: asociaciones de gays, pandillas de ciudades, blacks, comunidades religiosas más o menos sectarias, y en la esfera política en un país como Francia, hay asociaciones regionales que pretenden imponer la etnicidad a territorios como Córcega o el País Vasco. Y de ensalzar patéticamente su singulari-

dad, la calidad de vida que se experimenta en tales comunidades, las normas que rigen las modalidades. ¿No nos dicen que «no tenemos derecho a la diferencia», «derecho de hablar nuestra lengua y de saborear nuestra propia cocina?».

Nadie en Europa les contesta hoy en día, como nadie contesta el hecho de que hay patrimonios culturales y de los haberes colectivos a hacer valer. Pero sí es cierto como yo creo haber establecido que la etnicidad es un sistema de relaciones entre unidades culturales en relación de comunicación, por tanto todo proceso con tendencia a crear fronteras simbólicas y reales entre las comunidades tiene como efecto reducir el campo de aplicación de las reglas más generales. Cuanto más prevalece el comunitarismo, menos valor tiene el universalismo. Cuanto más amplio sea el reconocimiento del derecho a la diferencia, mayor es también la tentación de reivindicar derechos diferentes. En todas partes de Europa las gentes se agrupan efectivamente en «tribus » ofensivas en nombre de los derechos del hombre. «Arreglar los problemas entre ellos», se oye decir, lo que significa a menudo: sin otra justicia, sin otra policía que la de la tribu. «Remitirse a las leyes, al código del grupo», lo que significa a menudo derogar las leyes civiles de su país. Del encierro en las «tribus», no hay más que un paso a franquear para pasar a la agresión de tribu a tribu, o aún peor, a la agresión, por tal o cual tribu, contra los que niegan a las tribus el derecho de imponerse en la ciudad. La historia reciente muestra que este paso a veces se ha franqueado, precisamente en nombre de los derechos a la diferencia, pero con desprecio de las leyes de la ciudad y, más aún a los mismos derechos más fundamentales del hombre.

UN RETO SOCIAL MAYOR: NEUTRALIZAR LA ETNICIDAD

No es necesario ir a buscar a Afganistán o al Cáucaso ejemplos para mostrar cómo la neutralización de la etnicidad puede llegar a ser un reto social mayor para las sociedades europeas. Dos campos de intervención simbólica lo señalan, entre otras de menor importancia: el de la lengua y el de la religión.

La defensa de las lenguas regionales: una causa equívoca

No disertaré aquí sobre las diferencias, que las hay, entre lengua, dialecto y habla, ni sobre las connotaciones valorizantes o peyorativas con las que se han cargado los términos que designan los diversos tipos de relaciones que se establecen durante una comunicación entre agentes por la palabra y por el lenguaje. Casi no existe desacuerdo fundamental entre lingüistas para admitir que por un lado las

lenguas propiamente dichas como el vasco, el español o el francés, y por otro lado las hablas locales o las prácticas lingüísticas propias a pequeñas comunidades tales como los pescadores de Normandía o los agentes de la Bolsa de Milán, forman los límites de un inmenso *continuum* sobre el que se dispersan una infinita variedad de hablas. Mi propósito apunta únicamente a la marca social de las hablas y los juicios de valor que se siguen en los dos sentidos: supravaloración o estigmatización. Dos ejemplos bastarán para ilustrar la problemática de la etnicidad en la materia.

En Bulgaria se hablan dos lenguas principales: el búlgaro, que es una lengua del grupo eslavo, y el turco, que es una lengua del grupo turco-mongol. Las poblaciones bulgarófonas y las poblaciones turcófonas se encuentran en relación de intercambio y de conflicto de larga duración. Los turcos otomanos han ocupado Bulgaria y han impuesto su dominación durante cinco siglos, sin imponer su lengua ni intentar de erradicar el búlgaro. tras la caída del Sultanato, una parte de la población turca de Bulgaria ha emigrado y vuelto a Turquía, procedente del imperio otomano, otra parte se ha quedado en el lugar y forman el diez por ciento de la población total de la Bulgaria de hoy día. Los bulgarófonos son generalmente cristianos ortodoxos, los turcófonos, musulmanes; es cierto que existen turcófonos cristianos, los Gagaus, y bulgarófonos musulmanes, los Pomak, pero estas dos poblaciones forman un pequeño número. Por tanto, la asociación entre religión y lengua es fuerte, pero Bulgaria es una república. Los turcófonos gozan pues de la ciudadanía como los bulgarófonos, no obstante el búlgaro es la lengua oficial, y raros son los bulgarófonos que conocen hoy en día el turco, mientras que los turcófonos hablan el búlgaro. Es una situación típica de diglosia, con el búlgaro como lengua dominante y el turco como lengua dominada, pero respetada, y para los bulgarófonos como para los turcófonos, la lengua marca una frontera, la frontera étnica. Si la religión deja de ser activamente practicada, por una y otra parte, la frontera étnica de la lengua es neutralizada, ella dejará de ser un marcador. Pero he aquí que los dirigentes del régimen comunista,régimen que toca a su fin, deciden de imponer a los turcófonos de bulgarizar sus nombres imponiéndoles el dirigirse al Registro Civil para efectuar éste cambio, como consecuencia los turcófonos se sublevan. Tocar el sistema de denominación propio a la lengua significa tocar su singularidad individual al mismo tiempo que su identidad colectiva. El poder político con su decisión ha reactivado la frontera étnica, atentado contra la ciudadanía imponiendo esta medida a los turcófonos únicamente, socavado los fundamentos de la República de Bulgaria haciendo prevalecer la etnicidad sobre la ciudadanía. En cuanto que el régimen comunista de Jivkov fue abatido en 1989, los turcófonos han recobrado el derecho de llevar sus nombres según las normas de su lengua: la ciudadanía ha prevalecido sobre la etnicidad.

¿Qué sucede en nuestros estados-naciones de la Europa Occidental donde las regiones se han definido por territorios y no por poblaciones diferenciables según la lengua o la religión? ¿Se imaginarían al reino de España imponer a los vascófonos de castellanizar sus nombres o cambiarlos? ¿A la República Francesa, de imponer a sus vascófonos de afrancesar o de cambiar sus nombres? Ciertamente, más que ningún otro nombre, la antroponimia señala la singularidad, esto es porque la voluntad política de etnizar las relaciones sociales obran como un marcador particularmente sensible. Pero sucede lo mismo con la práctica de las lenguas en general. Nuestros estados tienen lenguas nacionales, que garantizan a sus ciudadanos la cualidad de un mismo instrumento de comunicación, algunos de estos estados, como el español, organizan públicamente el uso de una de estas lenguas en una región determinada además de la lengua nacional, se reavivan las fronteras étnicas y se corre el riesgo de hacer prevalecer de nuevo la etnicidad sobre la ciudadanía. El debate actual en Francia sobre la enseñanza del corso en Córcega es desde este punto de vista esclarecedor. La cuestión no está en decidir si el corso hablado y escrito en Córcega es una lengua o no, un dialecto o no. Es de decidir si todos los niños que habitan sobre el territorio corso deben aprenderla obligatoriamente, además del francés, la lengua hablada por una parte de la población que habita en Córcega, hayan nacido allí o en otras partes de Francia. De la respuesta que se dé dependerá la reactivación o no de las fronteras étnicas latentes, con el riesgo de instrumentalizar la práctica de la lengua en Córcega con fines políticos determinados. La elección deliberada de la lengua, a falta de la religión, para intentar edificar una frontera señala aquí una regresión étnica característica. Aquí tenemos lo que se manifiesta con mucha claridad como una concepción substantivista del «pueblo», en oposición a la concepción política del pueblo como cuerpo de ciudadanos

La vuelta de lo religioso: ¿regresión étnica, o respuesta a la mundialización?

Tan pronto como cayó el Muro de Berlín, en los países balcánicos se ha planteado la cuestión sobre las relaciones entre las Iglesias constituidas y los Estados, ya que a diferencia de los países de la Europa Occidental y de sus estados organizados, que desde hacía cinco siglos no se han confrontado directamente con el imperio otomano sobre sus propios territorios, los países de Europa oriental han sido durante largo tiempo sometidos al sultanato islámico de Estambul y a sus principios de organización política y social. Es así que a diferencia del papado católico, el patriarcado ortodoxo de Estambul no tiene más que una preeminencia de dignidad sobre los patriarcados nacionales: las iglesias cristianas ortodoxas son

«autocéfalas». Ahora bien, los territorios ocupados por el Sultanato otomano de Estambul están organizados en pachaliks, bajo criterios principalmente militares y fiscales. De ello se deduce que las poblaciones históricamente cristianas de este país no pueden preservar la organización política más que alrededor de sus iglesias autocéfalas, las únicas autorizadas a mantener las culturas nacionales a través del ejercicio del culto, la enseñanza de la lengua, y la aplicación del estatus de las personas. Tener, u obtener, o encontrar una iglesia autocéfala alrededor de un patriarca llega a ser pues un envite político y cultural mayor. El *etnos* de un pueblo corre el riesgo de perderse, de constituirse o de revivir según que su Iglesia se haya expuesto al desmembramiento y sus metropolitas se hayan repartido entre otros patriarcados, o que ella consiga mantenerse unida y beneficiarse, e incluso recobrar «la autocefalia». Es así que los griegos, los serbios o los búlgaros han podido preservar su lengua y perpetuar su cultura bajo el Sultanato otomano a través de la operación ininterrumpida de sus Patriarcados.

Se comprende que con una tal concepción de las relaciones entre poder político y poder religioso, los sultanes y sus pachás hayan intentado controlar la nominación de los patriarcas y de los metropolitas. Con el repliegue, y después con la caída del imperio otomano, el mantenimiento, el desmembramiento o la concentración de las iglesias autocéfalas ha sido un reto mayor para los Estados nacionales. No podía ser diferente con la Unión Soviética y sus Estados amigos de Europa Oriental, con la sola diferencia de que el marxismo-leninismo daba como finalidad a la política religiosa la erradicación, y no únicamente el control de la religión. Así sucede que patriarcados y metropolitas se transforman más o menos en apéndices del aparato del estado. La caída de los regímenes comunistas en estos países, pone en evidencia la cuestión siguiente: los patriarcas y los metropolitas controlados por los dirigentes comunistas tenían ciertamente una autoridad nacional reconocida, pero ¿tenían una autoridad religiosa legítima, controlados como lo habían sido por un régimen que intentaba socavar los fundamentos del edificio que se supone que ellos debían preservar? La respuesta no se hizo esperar: en Rumanía, en Bulgaria, la jerarquía suscitada no hace mucho por el aparato de estado comunista ha sido contestada, otra jerarquía busca reemplazarla. Pero ella lo logra difícilmente, incluso si no fracasa, es muy fuerte la identificación de la nación rumana y de la nación búlgara con sus iglesias autocéfalas respectivas, acuérdense del personaje que fue en su tiempo monseñor Makarios en Chipre. Etnarca de este país, fue el campeón de la independencia política de los griegos cristianos ortodoxos contra los turcos musulmanes, el campeón de la independencia política de Chipre, que condujo al reparto de esta isla en dos estados étnicos distintos. Con la apertura de los países del Este europeo hacia Europa y hacia el resto del mundo, la nacionalidad y la ciudadanía van a tener necesariamente que distinguirse con más clari-

dad de la etnicidad. Cuanto más progresa la mundialización, mayor es en estos países el riesgo de nuevas regresiones en la comunicación entre unidades culturales vecinas de las que las iglesias autocéfalas serán el instrumento, en beneficio de los entresijos del poder, muy distintos de los valores universales que estas instituciones religiosas tienen por misión de servir. La guerra de Yugoslavia ha dado una notoria demostración.

* * *

En este punto de mi discurso, algunas palabras bastarán para permitirme concluir. Cuanto más se globalizan los mercados y más se mundializa la comunicación, mayores son también los riesgos de la regresión étnica creciente. Ahora bien en estos comienzos del siglo XXI, las grandes unidades políticas se preparan para la poderosa singularidad cultural, de la que los Estados Unidos, China, India, Europa son los centros organizadores. Otras se formarán quizás en un futuro. Incluso en Europa, los intercambios y la comunicación alcanzan un grado tal, que los pueblos de las naciones históricas se independizan cada vez más de las fronteras étnicas. Haciendo esto se neutraliza la instrumentalización política siempre posible de las diferencias culturales, discerniendo mucho mejor el alcance universal, valorando mucho más sus singularidades, asumen con tanta más seguridad sus respectivos patrimonios, que anuncian a largo plazo la vuelta a la etnicidad.